

¿Por qué negar la existencia de un lenguaje femenino? El caso de Ana María Matute¹

Elena GRANGER CARRASCO

Para estudiar la naturaleza de un lenguaje femenino primero hay que llegar a convencerse de que éste existe. Comprobarlo en términos absolutos sería imposible. Sin embargo, se podría desarrollar una hipótesis dentro de un marco filosófico/ lingüístico para probar la posible existencia de un lenguaje femenino con características distintas de un lenguaje masculino o de un lenguaje neutro. Lo que presento aquí forma parte de un análisis más amplio del lenguaje en la narrativa hispana con vistas a aprehender un cambio estructural como el descubierto por Julia Kristeva, cuya investigación se ha concentrado en la literatura francesa y anglosajona. [Julia Kristeva (1980): «The Bounded Text», pp. 36-58.] La rotura del sistema universal del signo en un texto francés del siglo xv, según Kristeva, abrió la puerta a posibilidades de sugerir una expresión subversiva, introduciendo relaciones horizontales en lugar de verticales entre la palabra y su significado en la narración. Kristeva argumenta que la continuación de un cambio estructural en el lenguaje de nuestro siglo se encuentra en *Finnegan's Wake* de James Joyce [J. Kristeva (1980): «How Does One Speak to Literature?», pp. 36-58, p. 92] Precisar cambios de esta índole en textos hispánicos es la meta de mis investigaciones en este momento, una meta especialmente importante porque los ejemplos textuales encontrados en Kristeva y otros teóricos de hoy casi siempre provienen de la literatura inglesa o francesa, omitiendo los textos hispánicos de sus análisis como objetos para la aplicación de la teoría.

Por ahora, me interesa la negación tajante de la existencia de un lenguaje femenino por parte de novelistas españolas contemporáneas; en particular quisiera estudiar la negación de la existencia del mismo de Ana María Matute con relación a su trilogía, *Los mercaderes*, partiendo de los comentarios de Santos Sanz Villanueva en *La historia de la Literatura Española*. Considero que la negación de un lenguaje femenino por Matute sugiere presuposiciones totalmente ajenas a las teorías feministas recientes en Europa. A la vez, tal negación parece consistente

¹ Esta monografía se dio por primera vez en la conferencia de The Modern Language Association, Washington, D. C., el 30 de diciembre de 1996.

con la negación de la diferencia sexual en la mayoría de los argumentos ontológicos de Occidente.

Aunque más adelante me refiero a lo que yo llamo *feminismo mediterráneo*, teoría lingüística desarrollada por Rosa Rossi, Myriam Díaz-Diocaretz e Iris Zavala, las escritoras españolas que trato aquí piensan más como las norteamericanas que quieren llegar a un estatus socio-jurídico donde la mujer tenga los mismos derechos, y por supuesto, el mismo lenguaje, que los hombres. De manera muy parecida a la de Rosa Chacel, abogan porque una mujer escriba *como si fuese un hombre*. Llegar a esa conclusión no me parece una liberación del lugar inferior social de la mujer, sino un esfuerzo más por mantener tanto el canon literario como las presuposiciones ideológicas de Occidente. Lo único que se lograría sería dar más estabilidad a los discursos ideológicos de una estructura que principalmente privilegia lo masculino, admitiendo a la mujer en la sociedad liberal bajo las mismas normas que llevan perjudicándola desde siempre. Lo que aquí me interesa poner de manifiesto es esa insistencia en negar la existencia de un lenguaje femenino y los motivos de la negación, y no tanto probar si ese lenguaje existe o no.

El año pasado en Madrid, se preguntó a Esther Tusquets qué opinaba de la existencia de una escritura femenina. Contestó que no creía que existiera una escritura (femenina) diferente, sino más bien temas femeninos. A esto añadirían las mediterráneas que son precisamente los temas los que forman las ideologías. Para conseguir la meta de «descolonizar el canon del patriarcado» propuesto por Rosa Rossi, habría que involucrar forzosamente el cambio y la necesidad de volver a tratar los temas tradicionales [R. Rossi (1993), p. 28]. Por encima de esto, los temas se relacionan con el lenguaje, y como señala Rossi, hay muchos lenguajes: el lenguaje de la vida, el de la cocina, del silencio, de la sombra, de la informática [Rosa Rossi (1996), p. 51]. Además, todo «lenguaje es cambio» [Angélica Gorodischer (1985), p. 133] o representa un proceso de evolución. Este *proceso* implica a la vez lo jurídico, en el sentido de que cambiamos lenguaje según un criterio establecido y juzgamos e intentamos controlar la dirección de los cambios lingüísticos según ese criterio. Lo que determina un cambio sistémico en el lenguaje sería, por lo tanto, un cambio sistemático en el criterio, en las estructuras ideológicas.

Posteriormente, en una conferencia en la Complutense de Madrid, se preguntó a Ana María Matute lo mismo: si creía en la existencia de un lenguaje femenino. «No», dijo, explicando que el lenguaje era universal, que ella usaba las mismas palabras que los hombres. Hago notar que hablar de palabras no es hablar de un sistema al que las palabras pueden o no referirse. Este problema de un posible lenguaje femenino que modifique al masculino, el que funciona y domina en nuestras letras desde hace más de 2000 años, me interesa precisamente porque Matute comentó que la escritura es un modo de vivir y que forma parte del ser y de la existencia, aspecto ontológico que se percibe en *Los mercaderes*. Así que su negación de un lenguaje femenino no encaja con su concepto ontológico de la escritura a no ser que partamos de la premisa de que no hay diferencia lingüística porque el Ser femenino tampoco se diferenciaría del masculino. Por lo tanto, habría que concluir

que el Ser es algo universal y sin género, conclusión a la cual llega Martín Heidegger, por ejemplo, describiendo *Dasein* (el Ser) como entidad sexualmente neutra. [Martin Heidegger (1961), p. 29 y ss.; cf. Jacques Derrida (1991), pp. 308-404]. Kristeva niega de manera explícita que haya diferencias ontológicas de género sexual. [J. Kristeva (1981), p. 43] Así, todo parece muy claro. ¿Dónde está el problema?

Realmente, la idea de negar la existencia de género sexual en cuestiones filosóficas, o de mantener silencio sobre esa posibilidad como en el caso de Heidegger, es muy antigua y proviene, a mi modo de ver, de la necesidad de arreglar incoherencias entre el plano universal y el plano particular; es decir, entre la ideología y la práctica. El silencio tanto como la negación evitan que se reconozca alguna negatividad y se prefiere evitar esa negatividad asociada con lo femenino. Por ejemplo, en la Edad Media se creía que sólo las almas masculinas podrían entrar en el cielo. Pero esa creencia presentó otro problema: ¿entran en el cielo las almas de las mujeres? Santo Tomás pone fin a la polémica argumentando, y probando, que las almas no tienen sexo. Así que, gracias al filósofo aristotélico, las mujeres ya pueden entrar en el cielo.

Este argumento no tuvo ninguna trascendencia en el mundo real hasta que Santa Teresa y Sor Juana, entre otras, lo asumieron para defender su derecho a escribir. *De manera similar, hoy en día parece que el lenguaje tiene que percibirse asexuado para que las mujeres puedan escribir, para que entren en las editoriales igual que los hombres.* El problema y el peligro de reconocer la diferencia de género sexual es la posible exclusión de un sexo u otro, de un texto determinado, del lenguaje de una lesbiana u homosexual. Todo es mucho más consistente con nuestras esquemas socio-ideológicos si negamos la diferencia.

En cuanto al lenguaje matuteano novelístico, la crítica en general alaba esa calidad poética, lírica, pero se suele calificar su admiración con conclusiones que dejan a esta escritora fuera del reino de «los genios,» de los que han logrado un nivel superior del arte narrativo [S. Sanz Villanueva (1985), p. 108.] Nunca se habla de un lenguaje femenino matuteano, sino de un lenguaje difícil, poético, indisciplinado, autocomplaciente. Matute, según Sanz Villanueva, es una escritora «precoz,» cuya «propensión hacia posturas novelescas subjetivistas—reforzadas por su inclinación a lo fantasioso—la aleja de las formas artísticas predominantes entre sus compañeros de promoción.» (S. Sanz Villanueva, p. 108) Esa subjetividad produce, según este crítico, relatos de tipo intimista, pero admite que uno de sus textos, *En esta tierra*, demuestra «un giro en la autora hacia una temática más actual—menos desrealizada— que desborda los límites de la subjetividad para entroncar con problemas de alcance más general.» (S. Sanz Villanueva, p. 109). El sintagma de calificación, «de alcance más general» presupone la entrada de Matute en el mundo de las letras de los hombres puesto que lo más general es lo de hombres. Entiendo que este crítico no ha podido «suplir, al ir leyendo, los datos que faltan, y rellenar los “supongo que” y “tal vez” de la narradora que contribuyen a mantener con habilidad el suspense argumental». Algo que según Alicia Redondo Goicoechea cada lector debe hacer para llegar a comprender el lenguaje de Matu-

te en *Primera memoria*. [Alicia Redondo Goicoechea (1994), p. 67.] También es sorprendente que Sanz Villanueva omita referencias al entorno filosófico en los textos de Matute, donde el lenguaje mismo es el foco ontológico y epistemológico. Profundizar en la naturaleza de la memoria como fuente del ser no me parece caprichoso, ni «fantasioso», pero sospecho que lo que exige Sanz Villanueva es un respaldo en el lenguaje masculino. Para él, Aldecoa, Fernández Santos y Sánchez Ferlosio «son partidarios de una sucinta técnica objetivista que será tomada como un ideal artístico por la generación del medio siglo...» (S. Sanz Villanueva, p. 110). El objetivismo no parece ser un valor matuteano, mientras que este crítico, que tomo como ejemplo para la discusión de nuestro tema, llega a los textos de Matute con unas presuposiciones que impiden su plena recepción de los temas de lenguaje desarrollados en *Los mercaderes*.

La crítica de Eugenio García de Nora sobre estos textos ha sido absoluta y negativa [Eugenio García de Nora (1994), pp. 123-137]. ¿Por qué? ¿Puede ser que no es sólo, como apuntó Tusquets una vez, que los hombres no nos lean, sino que no sepan leer a sus compañeras de la literatura? Me pregunto también si no es solamente el desinterés, si no será que el lenguaje de algunas escritoras hace difícil la comprensión para algunos lectores, ya sean estos hombres o mujeres. *Finnegan's Wake*, por ejemplo, es la narrativa que más exige al lector en cuanto al lenguaje; sin embargo, Kristeva la señala como ejemplo del cambio más reciente en la estructura lingüística de la narrativa de hoy.

Recordemos que Kristeva encuentra la rotura en líneas sistémicas del lenguaje a finales del siglo xv, basándose en un análisis de un texto narrativo francés donde la relación vertical y jerárquica del medievo entre la palabra y su significado se desplaza a relaciones semióticas que son ambiguas. Este tipo de ambigüedad predomina en el mundo de memoria en *Los mercaderes*, un mundo sin espacio concreto, sin tiempo, donde el sentido de la narrativa se representa fuera de la estructura lingüística e ideológica del mundo real.

Así que el lenguaje de Matute se acerca en interesantes paralelismos a las teorías —que llamo mediterráneas para distinguirlas de las norteamericanas, francesas e inglesas— cuya base feminista es precisamente la lingüística, el lenguaje. Como Rossi (1996), Matute descubre una variedad de lenguajes: el lenguaje de los gestos, del ambiente, de la cocina, de la ideología en cuanto a ser mujer-en-el-mundo, mujer-en-el-mundo-de-las-letras y sobre todo, de la memoria. Descubre que el lenguaje es mucho más que los sentidos fugaces de la palabra; abarca todos los sentidos en cada acto de la comunicación. Para Matute, las palabras son insuficientes para captar lo que es el ser humano y la relación entre el ser y la memoria. A este argumento subjetivista de Matute yo lo llamaría análisis del lenguaje que no se limita a «la incomunicación humana» como lo clasifica nítidamente Sanz Villanueva. En todo caso, la naturaleza de la memoria parece subjetivista desde el comienzo.

Frente a este espacio narrativo diferente (por no decir femenino), creado en los textos de Matute, ¿por qué negar que hay un lenguaje femenino? Si consideramos nuestro mundo, el contexto social de España, la negación de Matute puede sugerir la posible presencia de una autocensura inconsciente, engañando al mismo crí-

tico que se dedica más a calificar su obra de segunda clase que a detallar esa calificación con un análisis textual. Frente a las consecuencias limitantes y negativas que pueden resultar para las personas que abiertamente se llaman feministas, Matute prefiere negar que haya diferencia, dejando que nuestro silencio sobre un lenguaje diferente nos asegure una mejor aceptación —si quiere entrar en la historia literaria, una mujer que escribe tiene que seguir a lo masculino—: los textos, dice Díaz-Diocaretz, «no son producto exclusivo del hombre, pero [...] lo masculino denomina a través del sistema de paradigmas del sociolecto patriarcal.» (M. Díaz-Diocaretz, p. 95). Admitir que hay diferencia, aislaría y marginaría aun más a una escritora porque la separa de los grandes textos de nuestra tradición literaria.

Pocos meses después de haber empezado a investigar este problema, Soledad Puértolas responde a la misma pregunta sobre un lenguaje femenino/masculino en el diario *El País* [Domingo, 1 de septiembre 1996, (Opinión), p. 9]. Su respuesta, muy similar a la de Matute a pesar de que son de distinta generación, la articuló como si se hubiese originado en boca masculina, de un hombre muy amigo de ella, quien le había preguntado si sus novelas estaban escritas en un lenguaje femenino. El enfado de Puértolas se hace notar inequívocamente en su respuesta periodística. Su énfasis en lo universal y en el estado neutro del arte y de la creatividad refleja lo que había dicho Matute.

Este artículo me hizo recordar un simposio sobre el discurso femenino en UCLA (University of California, Los Angeles) en 1992, cuando todos los críticos estadounidenses esperaban que unas escritoras españolas presentes hablaran de temas sobre lo que se suponían era su «escritura femenina.» Pues bien, para mayor disgusto y sorpresa de aquéllos, las españolas, incluyendo a Puértolas, negaron que existiera tal cosa. Hasta negaron que existiera cualquier problema por ser mujer y escribir en España. Está claro que Puértolas se muestra defensiva en cuanto al tema, como si el escribir «como mujer» fuese indeseable, algo negativo o implicase una especie de ataque a la calidad de su producción literaria. Pero es un prejuicio que comparto. ¿Realmente hay un Cervantes en femenino? ¿No es verdad que durante la mayor parte de mi vida he preferido leer a los hombres?; y si me sentase a escribir una novela ¿con quién me identificaría? Pues con Dostoyevski.

El planteamiento de la existencia de un sistema o subsistema lingüístico femenino debe trascender la separación de los sexos. La realidad es que no es posible la exclusión del uno o el otro. El lenguaje masculino y el femenino son mutuamente inclusivos, aunque tal vez sin paralelos exactos en todos los registros, significados y organización, igual que los hay entre *Ana Karenina* y *El idiota*. Si el lenguaje de Matute es realmente femenino ¿quiere decir que dentro del mismo texto no hay enunciación y diálogo masculinos? ¿No hay actor/autor masculino? ¿Es necesario que todo proceso de significación sea femenino porque el sujeto que escribe es una mujer? ¿O es que ya ésta no cabe en la larga trayectoria de letras dominada por hombres porque falta el sumamente valorado objetivismo de un escritor que sabe bien entrar en el canon? Para encontrar respuesta, no tenemos que ir más allá del

hecho de que los textos y la vida en los que Rossi encuentra impulso para su teoría los escribió Juan de la Cruz, figura que también influyó en el feminismo de Sor Juana.

Frente a las recientes teorías lingüísticas de Rossi, Díaz-Diocaretz e Iris Zavala, las respuestas de las escritoras españolas mencionadas aquí nos plantean otro problema: si tienen razón y el lenguaje es el mismo para escritores y escritoras, y si según Rossi, este sistema lingüístico está determinado en su mayor parte por el punto de vista masculino, y además es fijo, no hay posible escapatoria para la mujer que escribe sino tratar de hacer un arte masculino. Si los signos lingüísticos son *a priori* como piezas de un puzzle patriarcal, su organización puede cambiar en términos del tema, de representación, como había sugerido Esther Tusquets, pero no en términos de sentido, significación.

Una vez aceptado el argumento de que el sistema de palabra/significado ha cambiado y por tanto sigue un proceso de reorganización en el tiempo, las teorías de Rossi, et.al., nos llevan a la conclusión de que las mujeres escriben con desventaja, y así la negación de un lenguaje femenino de las escritoras españolas tiene sentido y valor (económico) en el mundo. La reorganización estructural siempre ha sido llevada a cabo por hombres. La conclusión que se sugiere es que las mujeres que quieren escribir de manera auténtica, en el sentido existencial de la palabra, se verán forzadas a crear, si no un lenguaje nuevo, toda una organización sistemática para ellas. Es más, si aceptamos que nuestro ser y nuestro conocimiento se vinculan inextricablemente con nuestro lenguaje masculino, las escritoras tendrían que abarcar una nueva definición del ser. Un lenguaje femenino exige el desarrollo de un nuevo sistema, o por lo menos un nuevo sub-sistema, tanto ontológico como epistemológico. Esta premisa afecta a todas las disciplinas, y tal vez por desgracia, lleva a enfatizar lo político-social más que ninguna otra disciplina. Sin embargo, un lenguaje no se establece *a priori*. Vive en el proceso del tiempo y espacio y se crea en plan femenino o en plan masculino —se llama subjetivismo u objetivismo— sin darse cuenta.

Si este proceso de cambio lingüístico evoluciona en el tiempo, algunos de los cambios que proponen, tanto las norteamericanas como las mediterráneas, han ocurrido y funcionan ya en un presente del cual no nos podemos percatar. Esto se puede percibir con nitidez en los textos de la trilogía, *Los mercaderes*, de Matute.

El primer texto (*Primera memoria*, Barcelona: Destino, 1959), por ejemplo, trata del desarrollo de la sexualidad de una adolescente. Al final, el estigma y la vergonzosa posibilidad de poner en cuestión su virginidad la lleva a cometer lo que podría verse como un acto criminal de guerra. El segundo texto (*Los soldados lloran de noche*, Barcelona: Destino, 1964), trata directamente de la naturaleza de la palabra y la expresión humana. El tercero (*La trampa*, Barcelona: Destino, 1969), subraya el papel del texto en el desarrollo del ser femenino y se dirige a la relación directa entre texto e identidad, lenguaje y ser.

La exclusión de la mujer del mundo socio/político se destaca en relación directa con la lectura en *Los soldados lloran de noche* cuando se ve que el amante de Marta, Raúl, lee periódicos obsesivamente pero le avisa a Marta que no los lea porque

«Estas cosas no son para ti...», p. 190) El papel de Marta se define según directivas del mundo masculino:

—Tú puedes ayudarme —decía Raúl—. Eres guapa, aunque no seas lista. Una mujer guapa puede ser muy eficaz... Pero no tomes iniciativas, porque no eres inteligente. Tú hazme caso, siempre. Si te dejas guiar por mí, todo irá bien. (A. Matute (1964), p. 188).

En *La trampa*, última novela de la trilogía, este tema de la mujer y la lectura alcanza una dimensión mucho más expansiva y ata el lenguaje al ser femenino. La narración empieza a profundizar en el ser de Isa, haciendo hincapié en que la poderosa y destructiva red onto/epistemológica que tiene a Isa perdida y morbosamente enamorada de Mario nació en un texto —en un folleto de novela rosa. La naturaleza de su amor consumidor, desesperado y autoaniquilador se basa en el lenguaje;

El amor la avergonzaba, de pronto, de muy distinto modo; como si, por ejemplo, la hubieran sorprendido robando en unos almacenes. Así se sorprendía amando: robándole a otro ser las palabras, los pensamientos, el recóndito latir de sus arterias. Robando, ladina y alevosamente, la soledad, el silencio. Pero no podía amarle de otra forma. Sólo podía amarle así, vergonzosa, pose-sivamente. (A. Matute (1969), p. 107).

Reflexionar sobre el lenguaje de sus tías, hace que Isa recuerde el comienzo de su propio lenguaje/ser, de cómo llegó a formarse «su breve y vulgar historia con Jaime», un ridículo seductor burgués, casado, machista que se aprovecha de una joven virgen a quien puede ofrecer placeres que provienen del dinero, que ella no tiene, a cambio de placeres sexuales, que es lo único que puede ofrecerle la secretaria pobre, compañera de oficina en Barcelona. El discurso que hace posible esta relación empezó un día en la cocina de las tías, pero se remonta a la historia de Adán y Eva. Un día, lejos del hambre y la pobreza de su casa natal, Isa pide un bocadillo a la criada de sus tías, Patricia, porque no iba a comer en casa sino a quedarse estudiando en el instituto. Patricia está leyendo un folleto ilustrado de seducción. Cuando se levanta para preparar el bocadillo, Isa nos cuenta que observó en ella cómo:

...parecía presa de una ensoñación difusa, semiidiota, semiangélica; perdida en un mundo remoto, y a no dudar, precioso. Un mundo que yacía ahora, abandonando, en la mesa de la cocina, desde el paréntesis donde podía leerse, en cursiva, la palabra (*continuación*) hasta el paréntesis donde decía en iguales caracteres (*continuará*). (A. Matute (1969), p. 198)

Al destacar la manipulación consciente del paréntesis, Matute nos hace ver que este folleto representa la continuación de un discurso aun más largo en torno a la problemática de la relación mujer/lenguaje. Fue Isa quien enseñó a leer a Patricia.

Ahora, ésta le manda leer sus libros de escuela y que la deje en paz. Se oponen folleto y libros escolares. No obstante, Isa lee el folleto: «En el temor a ser vista por Patricia y el blanco terror a los exámenes del día siguiente, devoró, de un tirón, la historia dulcemente truculenta, la espectacular y aleccionadora pérdida de una femenil pureza», p. 199) Y sigue:

«Sin aparente exaltación, ni el supuesto —y tan bien descrito en los folletos— furor lúbrico en ojos enrojecidos, Jaime, con mirada reposada, agrandada por los lentes de aumento, manifestó con precisión no exenta de homenaje, lo mucho que apreciaba el contorno de sus piernas, de sus labios y alguna evidencia más.» (A. Matute (1969), p. 201).

Cuando Jaime requiere «sus servicios extra» Isa recuerda la escena del folleto que «flotó... en las brumas de las desventuras de Adán y Eva y su expulsión del Paraíso; junto a la imagen del Angel de la Guarda, vuelto cara a la pared, llorando el primer pecado mortal de su encomendada: pecado que, desde luego, atentaba contra el sexto mandamiento», p. 201) *Servicios extra, pecado, mercancía*: son signos que vienen a decirnos lo que significa ser mujer-en-el-mundo, en el mundo de *Los mercaderes*, título de la trilogía.

Pero Matute no culpa ni al hombre, ni a la mujer. Ni culpa al lenguaje del folleto. Es la construcción ideológica, sin sentido y destructiva. Lo que encuentra en su investigación de la palabra y del texto es un tremendo desengaño, una sensación de desamparo. A la vez, se revela una asunción del poder (*empowerment*) —un facultarse, habilitarse que nace del uso, de la manipulación propia de la palabra y goza de ella como gozo yo leyendo el resultado de tal manipulación.

Dado que Matute nos ofrece una óptica distanciada de cualquier texto, su argumento existe en un espacio extra-textual que no viene a definirse en ningún momento narrativo. Matute no concluye. Isa perdona a Jaime que termina siendo un pobre diablo al igual que Bear o Mario. No hay agendas políticas que valgan en el mundo narrativo de Matute —sólo hay lenguajes de lo visible y lo invisible; solo somos palabras y somos memoria. La gran paradoja matuteana es que el idioma que tenemos en común no tiene palabras (p. 229). Señala una ontología que se pone en una especie de paréntesis husserliano, separando lo que es la naturaleza esencial del ser y el ser-en-el-mundo controlado y medido en una trampa a través de redes de palabras.

Universidad de Nueva York

OBRAS CITADAS

- DERRIDA, Jacques (1991): «Geschlecht: Sexual Difference/ Ontological Difference», *A Derrida Reader*. Ed. Peggy Kamuf (New York: Columbia University Press), pp. 308-404.
- GARCÍA DE NORA, Eugenio (1994): «Los mercaderes. Notas de una relectura», *Compás de letras: monografías de literatura española: Ana María Matute* (Número 4) Ed. Alicia Redondo Goicoechea (Madrid: Editorial Complutense), pp. 123-137.

- GORODISCHER, Angélica (1985): «Contra el silencio por la desobediencia», *Revista Iberoamericana* (Julio-Diciembre: Número dedicado a la literatura femenina), pp. 479-481.
- HEIDEGGER, Martín (1962): *Being and Time*. Trans., John Macquarrie y Edward Robinson (New York: S.C.M. Press, LTD.).
- KRISTEVA, Julia (1980): *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*. Leon S. Roudiez, ed. Thomas Gora, Alice Jardine; Trans., Leon S. Roudiez (New York: Columbia University Press).
- , (1981): «Woman can never be Defined», en *New French Feminisms. (An Anthology)* Eds., Elaine Marks e Isabelle Courtivron (Sussex: Harvester Press.).
- MATUTE, Ana María (1995): *Los mercaderes: Primera memoria*. (Barcelona: Destino).
- , (1994): *Los mercaderes: Los soldados lloran de noche*. (Barcelona: Destino).
- , (1994): *Los mercaderes: La trampa*. (Barcelona: Destino).
- PUÉRTOLAS, Soledad (1996): *El País* (Domingo, 1 de septiembre) (Opinión, p. 9).
- REDONDO GOICOECHEA, Alicia (1994): «La obra narrativa de Ana María Matute» *Compás de letras: monografías de literatura española: Ana María Matute, Número 4*. Ed. Alicia Redondo Goicoechea (Madrid: Editorial Complutense), pp. 57-75.
- ROSSI ROSA (1996): *Juan de la Cruz, Silencio y creatividad*. Trad., Juan Ramón Capella (Madrid: Editorial Trotta).
- MYRIAM DÍAZ-DIOCARETZ, Iris M. ZAVALA, Coordinadoras (1993): *Breve Historia Feminista de la Literatura Española (en lengua castellana) I. Teoría feminista: Discursos y diferencia. Enfoques feministas de la literatura española* (Barcelona: Anthropos).
- SANZ VILLANUEVA, Santos (1985): *Historia de la literatura española, el siglo XX, literatura actual* (Barcelona: Ariel).